

Los conventillos de Valparaíso

"El concepto de conventillo deriva del convento religioso, en cuanto 'conventus' significa congregación, reunión".

Quién se lo iba a imaginar, tomando como tomamos las cosas por su apariencia más que por nada. Y entre convento y conventillo hay en qué equivocarse.

Pero gracias al hermoso y bien documentado libro "Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920", de Ximena Urbina Carrasco, que lo titula "Fisonomía y percepción de una vivienda popular urbana", nos sumergimos en estas casi trescientas páginas recién presentadas en la Universidad Católica de Valparaíso y editadas por su robustecida editorial.

Licenciada y Magíster en Historia, la joven historiadora es hija de otro historiador porteño, a quien dedica su obra, la que prosigue una línea iniciada por ella: "Los ranchos de Valparaíso", "Los vendedores ambulantes", y otros. Ahora pertenece a un doctorado en España.

Con un nutritivo despliegue de fuentes editoriales, no completa la frase inicial de este fugaz comentario, agregando que "los conventos terminaban siendo el albergue de los pobres, que los ocupaban colectivamente a manera de vivienda social".

Ha tomado buena posición con la perspectiva literaria, en donde no puede dejar de aparecer "La viuda del conventillo", del novelista Alberto Romero, con años de residencia en Viña del Mar y varias veces postulado (sin suerte) al Premio Nacional de Literatura; Orrego Luco, con crónicas publicadas en nuestros puertos; González Vera con su imponente "Vidas mínimas"; la revista Archivum, que dirigen la histo-



riadora Eugenia Garrido, Gonzalo Vial y otros.

El libro es primordialmente ameno, lo cual no es una exigencia académica, pero no cabe duda que nada que se relacione con Valparaíso y sus ancestros puede dejar de serlo. Ayudan a su fisonomía las ya individuales fotografías de Harry Olds en que los conventillos asumen un aire entre poético y más próximo al arte que a la sociología. Sus moradores parecen posar para una novela o una película. Y hay una atmósfera y hasta una cierta alegría en la vivienda que se desprende de una pobreza asentada con dignidad, que es la calidad capaz de ennoblecerla y transfigurarla. La ropa blanca tendida parece volar como los velámenes de una carabela entre las tejuelas coloniales y la imagen de las lavanderas sentadas frente a sus artesas, con sus largas faldas, bajo los palos de fibrol, que son los mástiles que sostienen las prendas de un lado para otro, en el patio, complementa la figura de unos jovencitos de chaleco y sendas "hallullas" apoyados en un distel del fondo. Todo un pintor, Harry Olds.

El libro, postulado como tesis, fue calificado con la nota máxima, según asevera el profesor Santiago Lorenzo, otro serio estudioso de Valparaíso, que realiza su presentación.

Naturalmente, estas obras reaniman, demuestran que Ediciones Universitarias está viva y que lo estará aún más. No olvidemos su tradición y la originalidad de haber sido de las primeras, o la primera editorial chilena, en popularizar las presentaciones públicas o "lanzamientos" de libros, escogiendo para ello los más variados escenarios. Alguna vez fue el Angamos, buque madre de submarinos; otra vez el café Risquet o el balneario de Marienfeld; otras el Club Naval; y el

primer de todos, inaugurando el sello editorial en 1970, el Valparaíso, de Allan Brown, de precursoras estampas en color, en forma de álbum de gran formato y lanzado a todos los vientos en la Casa Museo Lord Cochrane del cerro Cordillera, con mistela en vez de pisco sour y alfajores, armonizando con el estilo de la casa más antigua de la ciudad, con sus pilastres y su pequeño patio de suelo de leja y reminiscencia colonial.

Singular es la coincidencia que esta casona construida en 1842 por el óptico y astrónomo que en su torreón noreste instaló el primer observatorio de Chile ("Postales del viejo Valparaíso", de Hernán Carmona Vial) haya tenido también una prolongada etapa de conventillo entre cuyas malezas y despedidos retaños humos, gallinas y perros vagabundos.

Ximena alaba (y cómo no) que todos los conventillos de los cerros "tenían vista al mar, ventaja de los conventillos portenos sobre los de Santiago". Describe cómo, saliendo del cuarto hacia el patio, se tenía la vista completa de la bahía, los cerros cercanos, y lejanos, la Silla del Gobernador e incluso el monte Aconcagua, si el día estaba despejado". Cita visiones de "lanchas en la bahía", de Mamá Rojas, donde un lanchero tenía su mirador propio: Anticoto Hevia.

Pasaba un currón que llevaba la bursita, con la cual se convivía durante su ausencia. Otra forma menos elegante era la de arrojar desde los conventillos de Chorrillos los animales muertos a los patios del Colegio de los Padres Franceses. Pero los terremotos son mucho más antiguizantes y recordemos cómo algunos de ellos lanzaban sobre los techos y hasta las veredas de la calle Condell los ataúdes, no siempre cerrados... del cementerio que dista apenas unas cuadras del plan.

Recomiendo el libro de Ximena Urbina por su gracia, su acusosidad y el amor con que está tratado el tema.

Los conventillos de Valparaíso [artículo] Sara Vial

Libros y documentos

AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los conventillos de Valparaíso [artículo] Sara Vial. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile